Travesti, entre lo real y lo virtual

Jesús Galindo C.

I. Las palabras y las cosas

Emerge la necesidad de parecer, no hay engaño, usted decide, usted tiene las opciones, usted asume. Y entonces el mundo es, usted es un joven, una niña, un ejecutivo, una deportista, esto, lo otro, un, una. Que nadie se llame a engaño, todo está claro y en su lugar. Un tiempo para cada cosa y cada cosa a su tiempo. El acuerdo es pleno, nadie se mueve sin estar fijo, nadie actúa sin ser predecible. Esto es todo, el mundo es así. Listo, fin.

Pero, no resulta, usted es esto y aquello, vive así y asado, desea tal y cual, aparece de una y otra manera. Y al mismo tiempo, o casi, las miradas se cruzan sin sentir confusión, negocian, entienden, aprende. Ella hace esto, que es malo, pero en realidad es buena. Él actúa como si fuera así, pero en el fondo es asá. Y entonces el mundo se presenta más abierto, múltiple e indefinido, o casi. Y no importa. E incluso parece mejor.

Y cómo es que sucede la configuración de uno u otro mundo. A la vez que acontecen las situaciones la percepción las construye, o dicho de forma más radical, las situaciones son construidas para ser reconocidas como aparecidas. La mirada que las nombra ya es un dispositivo armado para dar cuenta de las cosas. Y de dónde viene esa mirada que así opera, cómo cambia, cómo se configura, puede acaso cambiar mucho, o sólo un poco. Y es esa mirada la que organiza lo que significa, sólo con nombres e imágenes ya significadas solemos reconocer y asumir lo que pasa. Todo esto es muy complejo a la vez, y no tanto.

Si lo que percibimos es blanco o negro, la percepción es compleja en su procesamiento y simple en su definición, lo diverso se conjunta en dos polos y la decisión es simple, uno u otro, pero la configuración puede no serlo tanto. El fenómeno tiene una variante casi de continuo. Cuando aparece una tercera categoría que permite agrupar lo que no queda en una u otra. Es una tercera opción pero a la vez depende de las dos primeras. ¿Qué sucede cuando hay más elementos en la tercera que en las otras dos?

En un primer momento la tercera categoría recibe algunos casos inclasificables por alguna razón en las dos bipolares. En un segundo momento aparecen más casos que en los dos originales. La situación va derivando hacia la configuración de un gradiente que se abre a más casos típicos, y el extremo es un continuo perceptivo de distinción de diferencias mínimas y significativas.

El mismo ejemplo de blanco y negro es pertinente. De la visión bipolar se pasa a la escala de más negro a menos negro y de más blanco a menos blanco, donde el menos de uno es el más de otro. Los grises pueden configurar un continuo de matices pertinentes para distinguir un tipo de gris de otros.

Esto es así posible porque la dimensión escogida para definir percepción es aquella que llama-

mos color negro y color blanco. Sucede entonces que siempre teniendo presente la bipolaridad se percibe multitud de matices dependientes de la dicotomía original.

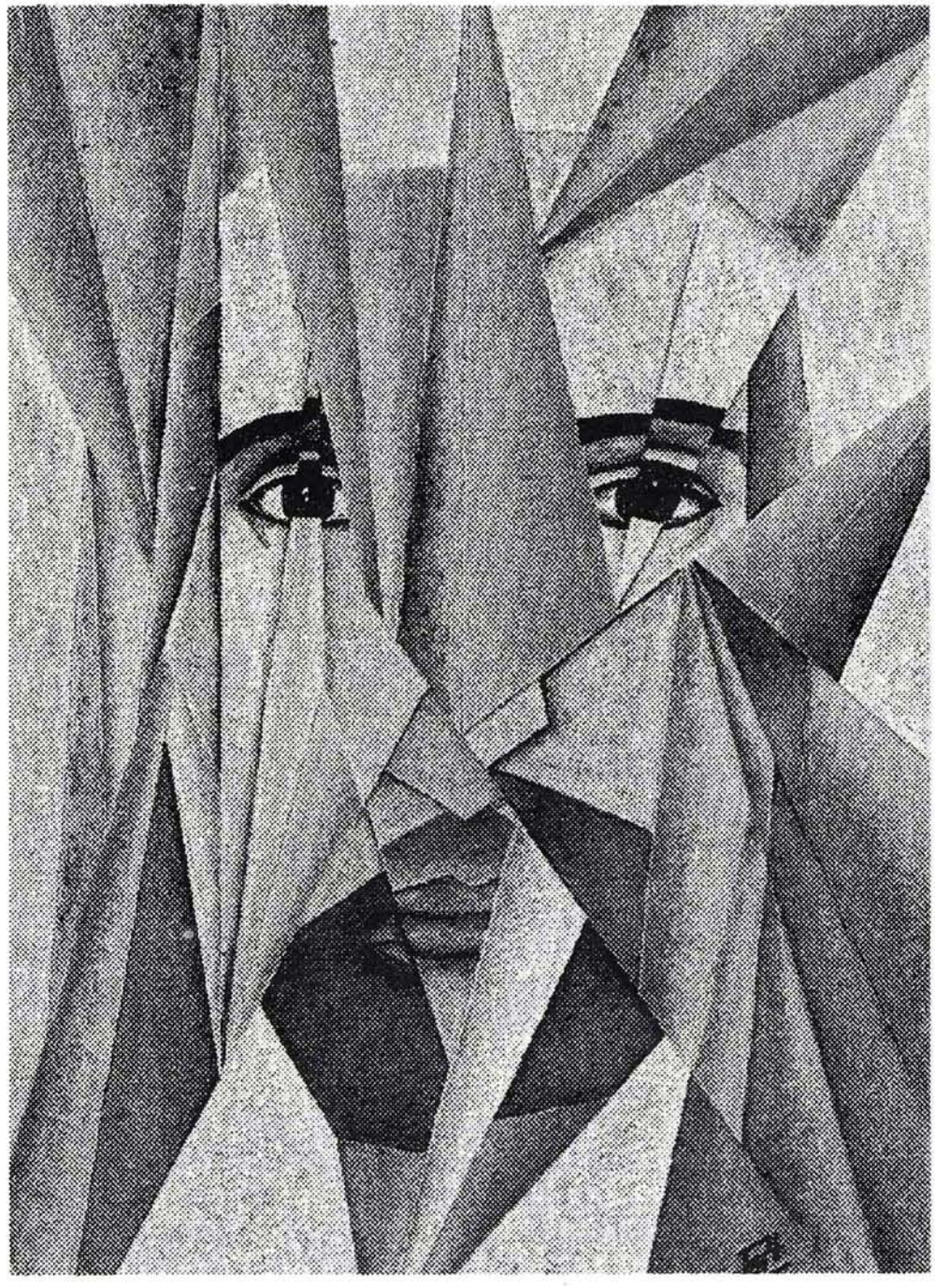
El proceso es posible porque la percepción remite a un esquema categorial de estados excluyentes, el caso de blanco y negro. Y se reconfigura en el reconocimiento de matices que niegan la exclusión. Pero en todo el proceso la exclusión se mantiene.

En la vida social la mirada analítica ha jugado a construir categorías excluyentes y sus matices. La mirada del sentido común también ha jugado a reducir variedad y diversidad a categorías excluyentes y sus relaciones simples o complejas. El asunto es cognitivo, la pregunta es por la formación de dichas categorías y de cómo han interactuado sentido común y reflexividad sobre lo complejo. Entendiendo al sentido común como lenguaje ordinario y a la reflexividad sobre lo complejo como lenguaje especial (filosofía, ciencia, ingeniería, arte).

II. El género: la punta emergente de las miradas de la diferencia

O eres hombre o eres mujer. Configuración bipolar excluyente. El sentido común construye dos imágenes y dos sentidos complementarios, un dilema con apoyo de la distinción procreativa. Y desde ahí la historia ha configurado un gradiente de grises que dependen de rasgos evidentes o inferidos por completo. Por ejemplo, para ser hombre basta en algunos casos la percepción de los llamados caracteres sexuales secundarios, pelo en el cuerpo, en la cara, forma del cuerpo en la relación caderas-hombros-espalda, y así diciendo. Sumando otros rasgos sociales construidos por formas culturales, por ejemplo, los aretes para las mujeres, el pelo largo, la falda, y otros elementos del atuendo. En todos estos rasgos así connotados, la referencia es: "Si posee tales rasgos la persona percibida, así construida, es un hombre o es una mujer".

Ser hombre o ser mujer, configuración categorial bipolar excluyente. Dos marcos de rasgos perceptuales construyen las dos imágenes, por una parte la sexualidad indicada en el cuerpo y, por otro, la forma social indicada en la apariencia del vestido y los gestos. Pero falta lo principal para completar el cuadro, que el actor así configu-



rado esté ajustado en autoimagen con las dos formas propuestas. Si el personaje no concuerda con la forma construida, el esquema social entra en problemas.

La respuesta a este desajuste es el escándalo o el silencio, en un caso, el actor expresa y conmueve con su posición fuera de norma, en el otro aparenta y pone en escena uno u otro rol sin dramatizar su posición. El punto es que la interioridad del actor no corresponde con la interioridad del rol, y esta situación aparece como difícil de comprender por actores donde esta separación no existe e incluso aparece como imposible.

¿Cómo es que la forma y el contenido no configuran una unidad? Ésta es la pregunta de los que desean comprender lo que no es normal. Y la implicación de la pregunta es doble por lo menos. Por una parte se requiere el conocimiento de las condiciones que posibilitaron las cosas anormales, lo que en sí mismo abre una serie de pesquisas que parten de la dualidad normal-anormal, que determina en parte el proceso de indagación y sus resultados. Y por otra parte se abre la norma a un espacio de posibilidades donde la percepción previa parece reducida y pobre.

La opción que abre el espacio conceptual bipolar es la que ha traído al mundo de la diversidad a la configuración nocional del género. Lo que parecía cerrado y estable ahora está abierto y en movimiento que trae incertidumbre y confusión. Las formas sociales de lo masculino-femenino ya no son dos, únicas y definitivas, pueden ser más de dos, múltiples y cambiantes. Parece que esto trae consigo nuevas formas de lo social en general posibles, la indagación sobre lo que sucedió para que esto pasara sigue abierta, pero lo sucedido impulsa aún más hacia lo nuevo y diverso. Empieza a parecer que las acciones hacia la bipolaridad excluyente tienen cada vez menos fuerza y convicción. Una vez abierto lo que parecía cerrado, por siempre, no tiene sentido sostener lo que por evidencia ya no es. Es decir las imágenes del hombre y la mujer como dos formas excluyentes por siempre ya no son; nuevas formas de lo masculino y lo femenino piden nuevas categorías, una tercera, cuarta, otras. Y entonces la aparición de muchas más abre la posibilidad de otras más. El efecto que esto tiene en la vida social y su construcción perceptual es contundente. Lo que antes se veía de una manera ya no es más así, y la posibilidad de verlo de varias maneras distintas se convierte en un ensayo pertinente y actual. Así, el mundo abierto entra a un juego de construcciones alternas y combinatorias que antes no existían. Un mundo nuevo, mejor... diversos mundos nuevos posibles.

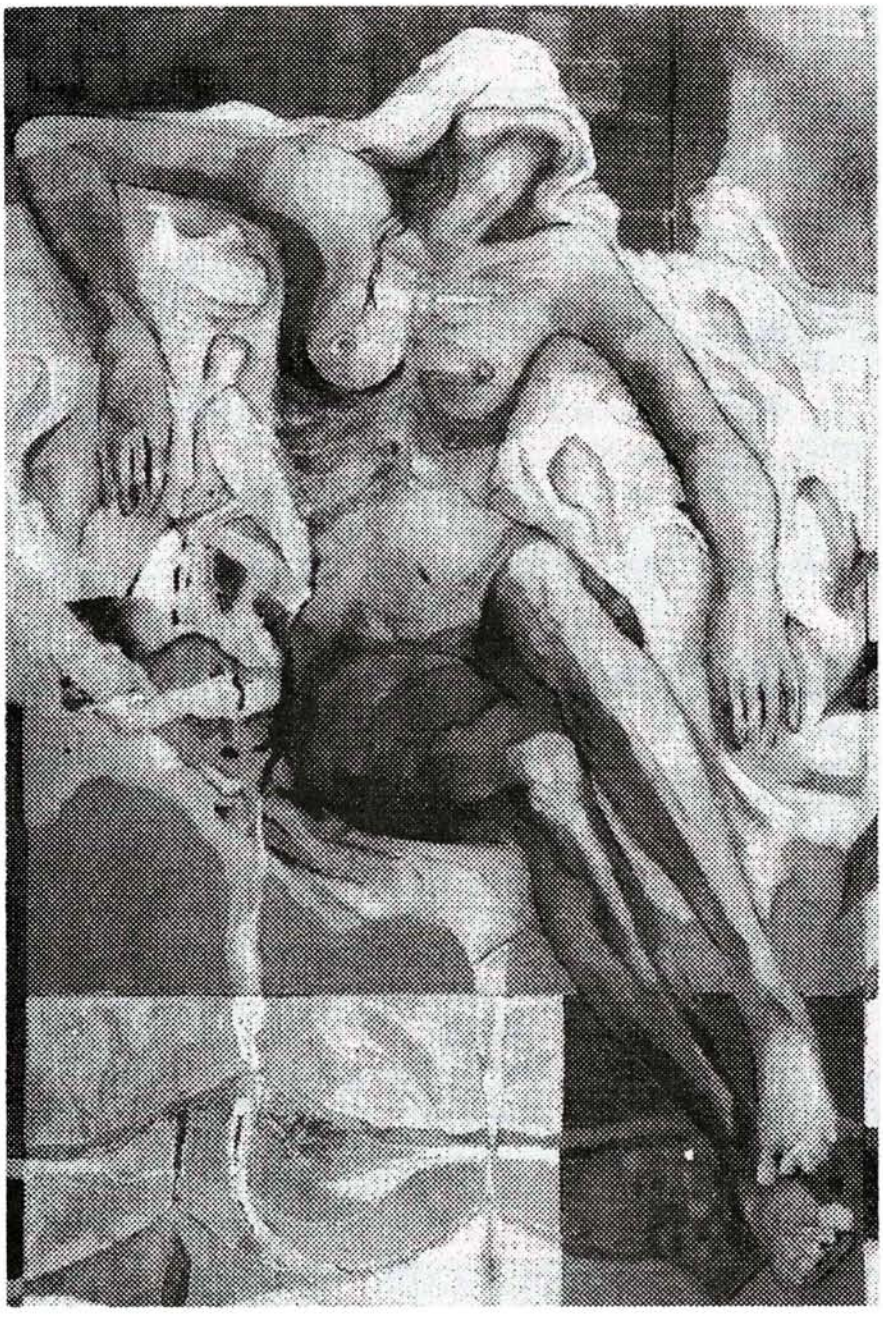
Pero queda por mirarse el momento de transición, de quiebre de lo anterior, y es ahí donde la figura del travesti tiene un valor especial en los dos sentidos apuntados, por lo que rompe de lo anterior, y lo que abre a lo que viene. Una figura de cambio social subestimada y de fuerza real extraordinaria.

III. El travesti, entre el escándalo, la negociación y la revolución

Detrás de la imagen bipolar excluyente de la mujer/hombre se expande la complejidad. El ejercicio simplificador se configura sobre una gama inmensa de distinciones y diversidades, la economía perceptual opera sobre unos pocos rasgos, dejando de lado los demás. Si el ejercicio de configuración pusiera atención sobre toda la información posible la imagen reducida estallaría.

Cuando un actor social percibe a otro bajo la dimensión del género construye a la imagen mujer u hombre con pocos datos, todos ellos a partir de la apariencia, la constatación última sería la consecuencia final de una estrategia de seducción. La operación es compleja en su proceder y simple en su resultado, de ahí la reducción en la decisión casi instantánea de "es un hombre", "es una mujer". El proceso perceptual construye su primera certidumbre bajo una economía compleja de elementos: la figura del cuerpo, el cabello y sus formas, el vestido, los rasgos del rostro. Continúa con un segundo marco de información: la voz, la actitud, elementos más subjetivos y aún más complejos. Todo culmina en una certidumbre que tiene dos opciones. Si esa certidumbre no llega plena la tensión es muy grande, la duda se configura en exclusión. La percepción requiere una respuesta inmediata, "es hombre", "es mujer", a partir de ahí derivan complementos, "es bueno", "es joven", es esto, lo otro. Pero todo parte de la primera certidumbre. Si no es así, lo demás es irrelevante, el rechazo aparece y crece tal vez una situación distinta, un leve movimiento de precaución. El otro no es normal, y no hay espacio conceptual para él.

El género es de una contrariedad conceptual muy grande, una categoría básica, de ella se complementan las otras. El género aparece como lo más sencillo, simple. Con relación a la bondad, a la inteligencia, incluso la belleza, el género es inmediato, fácil. De ahí en doble articulación al mundo del sentido; está en el principio, y en ese sentido organiza todo lo demás. Primero "es el hombre / es la mujer", luego el resto, y por tanto a mujer se suman ciertas cualidades y valores y al hombre otras. Atención, la complejidad de lo implicado en lo masculino y femenino se simplifica a la primera impresión, reducción con consecuencias definitivas en una cultura y en la vida de relaciones. Alguien por parecer lo uno o lo otro se encadena a una serie de formas sociales, normas, conductas, perspectivas. Un conglomerado de fijaciones situacionales de las cuales no hay salida sencilla.



Por un lado todo parte de lo evidente en apariencia, y por otro aparece un iceberg gigantesco de implicaciones unidas a la primera y elemental fachada. El mundo social se cierra sobre los actores particulares con sus prescripciones y sus caminos privilegiados y únicos. Y en este contexto el travesti dice no y dice sí, su postura violenta la norma y la refuerza. Por una parte no acepta la cadena de implicaciones que trae el parecer hombre, y por otra acepta y juega, intenta someterse a la cadena que implica ser mujer. En un sentido es un actor rebelde que corta el sentido social con su reflexividad y su conducta desviada audaz y alternativa, y en otro se detiene en la forma del discurso sobre lo femenino para posicionarse en él. Un revolucionario y un cómplice más del sistema reduccionista de la bipolaridad excluyente.

Y es ésta la cualidad clave del comportamiento del travesti disloca la trama social articulándose a ella según las normas aparentes. Por un lado dice no y por el otro sí. El triunfo de su transformación es el fin de la alteración, volverse mujer. Y en el camino vive la situación compleja y total de la confusión categorial, puede aparecer como hombre o como mujer, e incluso podría decirse que es mujer y es hombre, la bipolaridad excluyente queda hecha trizas.

Este personaje marginal es un privilegiado en reflexividad social, ha sido construido dos veces, se ha construido en todo el espacio bipolar, ha sido todo lo que se puede ser en la configuración bipolar del género, y aún quedándose en ella, ha construido un tercer género, una tercera opción que abre lo que parecía cerrado del todo, y en ese sentido ha promovido el movimiento hacia una nueva configuración de la diversidad y la creación social.♦